

Alocución del P. Peter-Hans Kolvenbach en el encuentro CIAS y Fe y Alegría

[Buenos Aires, 14 de noviembre de 2001]

Una de las gracias que la Compañía actual ha recibido en su itinerario de fe ha sido, sin duda, la clarificación de su misión como “servicio de la fe y promoción, en la sociedad, de la justicia evangélica, que es como un sacramento del amor y misericordia de Dios”. El voto unánime con que la CG 34 aprobó el decreto Nuestra misión y la justicia fue un signo de aquella gracia.

Pero más claro aún ha sido el signo experimentado después en la evolución de la Compañía como cuerpo: la inmensa mayoría de los jesuitas ha ido integrando la dimensión social, tanto en la conciencia de su propia identidad de compañeros de Jesús, como en la práctica de la misión en los diversos campos apostólicos: en los centros educativos, en las parroquias y obras pastorales, en las comunicaciones, en los centros de espiritualidad, en la forma de dar los Ejercicios Espirituales. La Compañía tiene una imagen pública muy definida por su preocupación social. En muchas partes -y de manera sobresaliente en América Latina- ella es un grupo humano caracterizado por su cercanía a los pobres y marginados, por su defensa de los derechos humanos y la ecología, por la construcción de la paz en una sociedad auténticamente democrática.

En esta perspectiva hay que considerar la importancia de las obras que, como el CÍAS y FE y ALEGRÍA, constituyen en la Compañía el llamado apostolado social. Este brota directamente de la misión de la Compañía hoy, puesto que su fin principal consiste, precisamente, en contribuir “a que las estructuras de la convivencia humana se impregnen y sean expresión más plena de la justicia y de la caridad”. El apostolado social encarna la dimensión social de nuestra misión, la plasma en proyectos y acciones concretas, la hace visible.

Obras como el CÍAS son necesarias en una Provincia. [Pero, atención, no lo digo como un mero cumplido, puesto que luego hablaré de lo que esto exige de ustedes.] No basta que en una Provincia todas las obras tengan más o menos integrada la dimensión social de la misión. Sin un sector específico de apostolado social y unas obras concretas de acción social, la dimensión social del conjunto de obras de la Provincia puede desvanecerse en poco tiempo, la dimensión social puede quedar reducida a un lenguaje más o menos retórico y quedar hueca nuestra opción real por

los pobres y nuestra promoción de la justicia. Por eso, las obras específicas de apostolado social tienen que tener prioridad en la programación o planificación apostólica (como quedó establecido desde la Congregación General XXXI y lo han repetido las otras Congregaciones Véase: Norma Complementaria 298).

Ahora bien, sabemos que el apostolado social asume múltiples formas: investigación y publicación de temas sociales, acciones de desarrollo de base, promoción y formación de la conciencia ciudadana, acción social directa con y por los pobres. Esta diversidad de expresiones o prácticas es signo de riqueza y creatividad apostólica, pero puede ser también signo de dispersión y debilitamiento de la energía.

Por eso, es para mí motivo de preocupación el hecho de la disminución del número de jesuitas competentes para el campo de la investigación, publicación y orientación de la conciencia colectiva. Sin la paciente y rigurosa observación, análisis e interpretación de los fenómenos sociales, de los contextos y de las estructuras de la convivencia humana (sean éstas económicas o políticas, culturales o religiosas), no se puede orientar a los grupos humanos y la misma acción social, por generosa y sacrificada que sea, no puede librarse del riesgo del activismo asistencialista que es incapaz de generar cambios.

Una Provincia no se estructura sin un buen centro de pensamiento y acción social, al que corresponde -como uno de sus objetivos ad intra-, alimentar la conciencia social del cuerpo de la Provincia, clarificar los contextos de las acciones apostólicas que se emprenden, orientar la formación de los jóvenes, darle a la Compañía una voz autorizada y una imagen de impacto en la realidad de un país. En este sentido, creo que todos estamos convencidos de que la Provincia Argentina puede y debe recuperar presencia en las esferas de pensamiento de la nación argentina, en los espacios de diálogo en los que se fraguan los procesos históricos de este pueblo. Es obvio que este desafío recae directamente en obras como el CÍAS, FE y ALEGRÍA, las Facultades de San Miguel y la Universidad Católica de Córdoba.

Convendrá, pues, fortalecer los elementos positivos que el CIAS tiene hoy, fruto de su rica historia, a fin de hacerlo capaz de atraer colaboradores valiosos tanto de la Compañía, como de fuera de ella. Hay que actuar con previsión, preparando con tiempo a estos jóvenes colaboradores y, una vez acogidos, hay que saber cuidarlos, ofreciéndoles oportunidades para su formación permanente profesional y espiritual. Asimismo, es indispensable buscar maneras de combinar competencia profesional en el análisis social con experiencia de cercanía a los pobres. En el Congreso de

Napóles se expresó esta articulación mediante la sugerente imagen de la “cabeza” unida a los “pies”. Allí se hizo ver, como un ideal muy valioso y prometedor, la necesidad de mantener la tensión creativa que se da entre la dimensión de contacto directo con la realidad vivida, inserción, cercanía, y la dimensión intelectual, reflexiva, teórica sobre la realidad social y sobre la acción que incide en las estructuras y en la cultura.

Por otra parte, es importante también tener en cuenta la pluralidad de puntos de vista que deben aplicarse a los problemas, pues nos hemos hecho conscientes de lo complejas y cambiantes que son las injusticias y estructuras socioculturales del mundo de hoy.

Otra exigencia es el trabajo en equipo. Debemos apostar por el equipo si queremos realmente reflatar el CÍAS. Este tipo de centros suele reunir gente dotada, bien preparada y carismática que quiere hacer el mejor uso posible de su capacidad. Pero por no haber sabido complementarse y mantener la tensión entre la propia creatividad y los valores institucionales estables, muchos de estos centros se han ido perdiendo en la Compañía. Hay que saber, pues, poner en común las propias ideas e intereses, según un método de trabajo en equipo que permita asegurar los objetivos de la institución y haga a las personas del equipo trabajar con verdadero interés.

Creo, en fin, que un centro como el CÍAS requiere de una comunidad fraterna en la que se practique realmente el discernimiento espiritual apostólico. Lo dijeron muy bien los delegados de América Latina en Napóles: “Nuestro compromiso con las dimensiones sociales del Reino está continuamente sometido a la escucha de estos movimientos internos en que el Espíritu de Dios se nos revela. La fidelidad a esta escucha atenta es la que nos dará la capacidad de navegar en las aguas difíciles de la conflictividad social, cargadas de peso ideológico”. Es lo característico de un centro social ignaciano: dar gracias a Dios por lo que somos y hacemos, releer o examinar la situación de los pobres, nuestra acción y trabajo, nuestra responsabilidad social; discernir, por medio de la experiencia interior de consolación o desolación, hacia dónde nos lleva Dios y confiar nuestros renovados esfuerzos a su gracia (Cf. Características del Ap. Social, 88).

Una palabra sobre FE y ALEGRÍA, realidad naciente todavía en la Provincia, pero realidad impactante en toda América Latina con sus miles de escuelas y el casi millón de alumnas y alumnos en sus diferentes niveles educativos.

Los Provinciales de América Latina son muy conscientes de los valores de esta obra que van más allá de lo cuantitativo. FE y ALEGRÍA es un sistema educativo que se inserta en la tradición educativa de la Compañía. Sus escuelas hacen visible la opción preferencial por los pobres y buscan ofrecer una formación en valores que ayude a los alumnos y alumnas de los sectores pobres a ser eficaces transformadores de la sociedad. Pero lo que sorprende es la capacidad que ha generado FE y ALEGRÍA de atender a situaciones de emergencia con respuestas orgánicas de dimensión continental, y la capacidad de convocatoria que tiene para hacer confluir aportes y esfuerzos de multitud de personas e instituciones, sumando energías de laicos y laicas, religiosos y religiosas; en este sentido, hay que reconocer que es un ejemplo de eficacia en el trabajo en redes apostólicas.

FE y ALEGRÍA en la Argentina tiene una historia todavía breve, pero experimenta un rápido crecimiento. Me alegra mucho saber que se da entre esta obra y el CÍAS una gran cercanía de mutuo influjo. La producción de materiales pedagógicos, de sistematización de experiencias, los congresos y encuentros de reflexión, pueden permitir a ambas instituciones unirse en una perspectiva común de elaboración de un pensamiento integrador. Se trata, pues, de unir los “pies” con la “cabeza”, la teoría con la práctica, como dicen las Características del Apostolado Social de la Compañía.

En suma, he querido iniciar este diálogo con ustedes animándolos a dar lo mejor de sí en la misión que la Compañía les confía. Ella los sitúa a Vds. cada día ante las acuciantes necesidades de los pobres, las radicales exigencias del Evangelio, la insistente doctrina de la Iglesia y las llamadas proféticas de nuestras Congregaciones Generales. Tienen ustedes mucho que dar a la Provincia, a la Iglesia y a la sociedad argentina.

Los aliento a seguir redescubriendo potencialidades de las obras prioritarias que se les ha confiado.